

## CAPÍTULO II

Apurada situación de don Manuel Mier y Terán á mediados de 1816. — Llegada á Tehuacán de don Guillermo Robinson, quien ajusta con Terán la venta de cuatro mil fusiles. — Sale Terán para Coatzacoalco con objeto de recibir en ese puerto el armamento (17 de julio de 1816). — Penosa marcha de la división de Terán. — Es sorprendida en Playa Vicente (8 de setiembre). — Muere en esa sorpresa el canónigo Velasco. — Queda prisionero don Guillermo Robinson. — Emrende Terán la retirada á Tehuacán. — Es atacado por el realista Topete. — Derrota de éste. — Entra la expedición en Tehuacán (22 de setiembre). — Don Juan Terán desbarata algunos días antes á los realistas en Coxcatlán. — Ventaja alcanzada por Topete en Ojitlán. — Abandona Osorno los *Llanos* de Apam (fines de agosto de 1816). — Es perseguido inútilmente por el realista don Anastasio Bustamante. — Restablécese el tráfico entre los *Llanos* y México. — Osorno se dirige á Tehuacán y allí se incorpora á las tropas de Terán. — Llegada del virey don Juan Ruiz de Apodaca. — Se pone en camino para la capital y es atacado en la hacienda de Vicencio por una guerrilla de los independientes. — Entra en México (20 de setiembre de 1816) y empieza á ejercer sus funciones. — Antecedentes y carácter del nuevo virey. — Embárcase Calleja para España (diciembre de 1816). — Breve juicio sobre este gobernante. — Su crueldad excesiva. — Sus especulaciones — Sus talentos militares. — Elogio que le tributa Alamán, quien le llamó *segundo Hernán Cortés*. — Falsedad de este juicio. — Varias tropas realistas amenazan á Tehuacán (octubre de 1816). — Movimientos combinados de Márquez Donayo, Concha y Morán. — El primero de estos jefes marcha á Veracruz escoltando un convoy. — Terán ataca al coronel Morán en las lomas de Santa María y es derrotado (27 de noviembre). — El guerrillero Vicente Gómez se acoge al indulto. — Fuerza Samaniego la cañada de los Naranjos. — Guerrero derrota á Lamadrid en Piaxtla (16 de noviembre). — Combate de la Noria entre Samaniego y Terán (25 de noviembre). — Este último se retira á Tehuacán. — Vuelta al país del presbítero Herrera, plenipotenciario nombrado por el Congreso ante el gobierno de los Estados Unidos. — Planes que se le atribuyen. — Desconfianza que inspira á Terán. — Se acoge á indulto algún tiempo después. — La campaña en la provincia de Veracruz. — Rendición del coronel independiente Múzquiz en Monte Blanco (7 de noviembre de 1816). — Correrías del teniente realista don Antonio López de Santa Anna por las costas próximas á Veracruz. — Es ascendido á capitán (diciembre). — Toma de Boquilla de Piedras por el teniente coronel don José Rincón (23 de noviembre). — Premios concedidos á éste por el virey y el comercio de Veracruz. — La campaña en Michoacán. — Ocupación del islote de Janicho, en el lago de Pátzcuaro, por el teniente coronel realista Castañón. — Movimientos de don Ignacio Rayón en el oeste de Michoacán. — Traición del comandante Vargas. — Correrías de Rayón y persecución que dirigen contra él los realistas durante el mes de diciembre (1816). — Entrega del fuerte de San Miguel Cuiristerán (10 de diciembre). — Ocupan los realistas la isla fortificada de Mexcala. — Primeras providencias del virey Apodaca. — Da muestras de vacilación y debilidad de carácter. — Orden que da á los comandantes de divisiones prohibiendo los fusilamientos arbitrarios. — Premia con largueza á los jefes, oficiales y soldados. — Segundo matrimonio de Fernando VII con la infanta María Isabel de Portugal (setiembre de 1816). — Fiestas y mercedes reales en Madrid con este motivo. — Festejos en México al recibirse la noticia de las bodas reales. — Celébranse también los repetidos triunfos de las armas del gobierno vireinal.

La activa campaña dirigida contra Osorno y la concentración de numerosas tropas realistas en la provincia de Veracruz durante los primeros meses de 1816, hicieron difícil en grado sumo la posición de don Manuel Mier y Terán, quien veía disminuir rápidamente sus recursos y elementos de guerra, y sospechaba con razón que todas aquellas fuerzas enemigas, repartidas en los territorios colindantes y sin contrarios que afrontar, estaban destinadas á caer en breve sobre sus fortificaciones de Tehuacán. Afligíale la escasez de municiones, pues el plomo que sacaba de las minas de Zapotitlán era insuficiente, y había sido descubierto y fusilado en Puebla su agente Veytia, que desde aquella ciudad le enviaba periódicamente algunas porciones de ese metal. Y aumentaba su desazón la falta de armamento que repusiera el de sus soldados, usado después de algunos años de servicio y deteriorado en su mayor parte, sin

esperanza de recomponerlo por falta de medios á propósito.

Hallábase Terán en tan difíciles apuros cuando llegó á Tehuacán (marzo de 1816) don Guillermo Davis Robinson, ciudadano de los Estados Unidos de América, quien había podido desembarcar en Boquilla de Piedras, puerto pequeño que se halla en la costa de Barlovento, y el cual no había sido ocupado por las armas realistas, á pesar de los esfuerzos para ello desplegados por el comandante don Carlos María Llorente, como hemos dicho en el lugar que corresponde. Robinson era hombre de claro y despejado talento, como lo comprueban sus *Memorias*, y después de haber tenido varios negocios con el gobierno español en Caracas, se acercaba á la sazón á don Manuel Mier y Terán para proponerle la venta de cuatro mil fusiles. Convino en ello el jefe independiente, ajustándose el precio de veinte pesos por

cada fusil, pero era preciso señalar el puerto en que debía desembarcarse el armamento, y como gran parte del litoral de la provincia de Veracruz obedecía á Victoria y éste se hallaba desavenido con Terán desde la disolución del Congreso, forzoso fué á Robinson marchar al campamento del primero para inclinarle á que permitiese el desembarco y libre pase del armamento. El norte-americano regresó en breve á Tehuacán con la noticia de que Victoria dejaría pasar los fusiles por Boquilla de Piedras, pero mediante el pago de un derecho de tránsito.

Resuelto entonces Terán á obrar por su cuenta en este asunto, que tanto le importaba, formó el proyecto de marchar al puerto de Coatzacoalco, por cuya barra, que permitía la entrada de buques de gran calado, le sería fácil recibir los fusiles comprados á Robinson. El puerto que acabamos de citar estaba desguarnecido por los realistas, y aunque pertenecía á la provincia cuyo mando militar por parte de los independientes tocaba á Victoria, hallábase, sin embargo, tan distante del cuartel general de este jefe, que bien podía Terán apoderarse de él sin esperar ninguna resistencia.

Pero era necesario atravesar una vasta y agreste zona regada por caudalosos ríos y surcada de boscosas montañas, sin más guía que una carta ó croquis deficiente que conservaba Terán entre sus papeles, y esto en la época más difícil, pues que la estación lluviosa, que iba á comenzar muy pronto, aumentaría los obstáculos naturales y engrosaría los ríos que fecundan esa feraz comarca de Nueva España. A todo se decidió Terán, y después de convenir con Robinson en que el armamento fuese dirigido por mar á Coatzacoalco y de enviar á los Estados Unidos á otro ciudadano de esa nación llamado Galvan, con instrucciones y dinero para comprar más armas, salió de Tehuacán el 17 de julio (1816), al frente de una tropa de cuatrocientos hombres dividida en dos trozos, mandando el primero el mismo Terán, y el segundo el coronel don Juan Rodríguez.

Fué desde el principio fatigosa y difícil la marcha de esta atrevida expedición, pues al atravesar los espesos bosques que halló á su paso, desde luego los soldados hubieron de llevar en sus hombros la artillería de la sección. Cinco días después de la salida de Tehuacán las acémilas que conducían las provisiones se extraviaron en los fragosos montes y no parecieron más, por lo que la tropa se vió forzada á alimentarse con *yuca* silvestre y cogollos de palmeros. Terán siguió avanzando, sin embargo, y después de entrar sucesivamente en varios pueblos desiertos, se apoderó el 1.º de agosto del de Ojitlán, obligando á retirarse precipitadamente á un destacamento de realistas de Campeche que allí se habían replegado, dejando en manos de los independientes sesenta fusiles y siete prisioneros, entre éstos un capitán que fué pasado por las armas. El 7 del mismo mes

entró Terán en Tuxtepec, donde permaneció hasta el 28 por haberse enfermado de calenturas muchos de sus soldados. Pasó el río en balsas y canoas, y siguió caminando por un terreno fangoso: «los infantes, dice la relación que escribió un oficial de Terán<sup>1</sup>, marchaban con el agua á la cintura y la caballería á la cincha. Nuestro alimento, al ponerse el sol, consistió en cogollos de palma, cuyos árboles derribaban á hachazos los soldados. El 30 llegamos á la ranchería de Mixtán, situada al pié de unos cerros muy elevados, cuyos habitantes huyeron á nuestra llegada. En la tarde de ese día se presentó un aldeano, quien después de muchas instancias trajo cuatro arrobas de carne seca de la que teníamos gran necesidad. Este individuo sirvió de guía para *Playa Vicente*, adonde mandó Terán el día 31 un piquete de caballería y la compañía de Teotitlán, todo á las órdenes del mayor don Manuel Bedoya, para que hiciese un reconocimiento.»

Este oficial llegó al punto que se le indicó, y no hallando al enemigo volvió á Mixtán y dió cuenta á Terán de la misión que se le había confiado; pero ya este jefe superior había interceptado entretanto un correo por el cual el comandante realista Garrido informaba al de Oaxaca de todos los movimientos de la columna independiente. En consecuencia, Terán se detuvo aún algunos días ocupado en prepararse al combate que juzgaba próximo, y el 8 de setiembre avanzó con sus tropas hasta *Playa Vicente*. No observando ningún enemigo en la opuesta orilla del río, dispuso que pasase su división en las balsas que al efecto habían sido construídas en la *ranchería* de Mixtán. Comenzó el paso del río, yendo Terán y algunos oficiales á la vanguardia; los primeros soldados que saltaron en tierra hallaron en unas grandes barracas levantadas en *Playa Vicente* un considerable cargamento de comestibles, que procedente de Veracruz estaba destinado á Oaxaca, y el cual, como otros muchos de esa especie, era conducido por aquella vía para evitar el paso de Tehuacán, ocupado como estaba desde hacía largo tiempo por las tropas independientes. Los hambrientos soldados de Terán cayeron sobre tan rica presa olvidando tomar algunas precauciones que los pusiese á cubierto de una sorpresa, en tanto que el resto de la sección atravesaba lentamente el río en las tres balsas que había disponibles. En estos momentos apareció súbitamente el comandante realista don Pedro Garrido seguido de dos columnas que hicieron vivísimo fuego sobre los insurgentes, desordenándolos y poniéndolos en completa dispersión. Algunos se ahogaron en el río al atravesarle para ganar la orilla de donde habían partido, y entre ellos el canónigo Velasco, á quien hemos visto ejercer pernicioso influencia en las filas de la insurrección; otros pudieron volver con Terán, y colocando violentamente las piezas

<sup>1</sup> Publicada en el *Cuadro histórico* de Bustamante, tomo III, págs. 366 y siguientes.

en batería contuvieron el ataque de los realistas; y otros, con menos fortuna, contándose en ese número don Guillermo Robinson que acompañaba á la expedición, quedaron prisioneros en poder de Garrido <sup>1</sup>.

Reunidos, sin embargo, los dispersos, gracias á la diligencia y serenidad de Terán, resolvió este jefe al día siguiente marchar de nuevo contra *Playa Vicente*; pero las lluvias habían hinchado extraordinariamente el río durante la noche que siguió al combate, y sus aguas se desbordaban inundando los terrenos vecinos á su cauce; faltaban por completo los víveres, y escaseaban también las municiones de guerra. Motivos poderosos eran estos para emprender la retirada, y así lo decidió la junta de oficiales, á la que Terán quiso someter su proyecto de seguir avanzando. Efectuando, pues, el movimiento retrógrado, acampó la sección independiente en medio de un bosque al caer la tarde del 10 de setiembre; pero apenas había llegado á ese sitio cuando se tuvo aviso de que el comandante realista don Juan Bautista Topete, que era el jefe militar de Tlacotalpam, se hallaba á corta distancia con una gruesa sección de tropas. En esta penosa situación, colocado entre dos ríos caudalosos, teniendo á retaguardia la tropa enemiga de Garrido, y mirando á sus soldados desfallecidos de hambre, no se abatió el ánimo esforzado de Terán, antes bien, dictando rápidamente sus disposiciones, se preparó á recibir al enemigo, mandando matar al mejor de sus caballos para que se alimentasen sus soldados, y construyendo apresuradamente algunas trincheras provisionales con los aparejos de las mulas de carga y los equipajes.

Al amanecer del 11 de setiembre se presentó, en efecto, Topete atacando desde luego con brío los improvisados parapetos de los independientes: «el fuego de nuestros soldados, dice la relación del oficial de Terán, que hemos citado antes, era tan activo que parecía que no cargaban de nuevo, é hicieron su deber con igual gallardía los cazadores desde los árboles. Rechazada la vanguardia enemiga, se rehizo despreciando la muerte y tuvo la osadía de querernos atacar á retaguardia, pero la segunda compañía que teníamos situada en la altura descendió haciendo poco fuego y cargando á la bayoneta, mientras que el cañón situado en aquel punto apenas disparó dos tiros sobre el enemigo, que muy presto se

puso en fuga. Perdimos tres soldados y dos cabos, y un oficial de nombradía llamado Pedro *Buen Brazo*, que murió al siguiente día. Topete tuvo tres oficiales muertos, entre ellos Morillo y Facio, que eran tenidos por valientes, ochenta soldados muertos también, diez y siete prisioneros, y dejó en el campo muchas municiones de guerra y noventa fusiles. Disperso el enemigo dispuso Terán el alcance hasta el río de Tuxtepec. Topete se salvó en una piragua y volvió por el río á Tlacotalpam.»

No terminaron, empero, con este feliz combate los sufrimientos de la valiente columna de Terán, la que hubo de arrostrar grandes penalidades por la falta completa de víveres hasta el 22 de setiembre (1816) en que hizo su entrada en Tehuacán.

Mientras que las armas de la independencia se retiraban sin fortuna <sup>1</sup>, pero no sin gloria, desde los solitarios bosques de la costa de Sotavento y volvían á su primitivo punto de partida, don Juan Terán, que había quedado mandando en Tehuacán por ausencia de su hermano, alcanzaba un señalado triunfo contra los realistas de Oaxaca enviados por don Melchor Alvarez. Este jefe, que acababa de ser ascendido á brigadier, tuvo aviso de la salida de don Manuel Mier y Terán en dirección á la costa y de su retirada violenta, y creyó fácil sorprender y tomar á Tehuacán, considerando que este punto había quedado débilmente guarnecido, al mismo tiempo que hostilizar reciamente á la columna expedicionaria. Determinó que el teniente coronel don Patricio López marchase á situarse á la retaguardia de Terán para perseguirlo con toda actividad, y que el teniente del regimiento de Saboya, don Antonio Núñez Castro, quien al frente de ciento treinta dragones cubría el camino de Oaxaca á Tehuacán, y que era el azote de todos aquellos pueblos por sus desmanes y atropellos, hiciese un movimiento sobre este último punto. Don Manuel Mier y Terán no pudo ser alcanzado por López, y en cuanto á su hermano don Juan, apenas supo que los realistas de Núñez Castro amenazaban á Teotitlán, reforzó la guarnición de este pueblo, y poniéndose á la cabeza de un centenar de dragones salió en busca del enemigo, que prescindiendo de atacar á Teotitlán, había

<sup>1</sup> Robinson, conducido primeramente á Oaxaca y luego á la fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz, donde estuvo dos años en un calabozo, fué llevado á la Habana y en seguida á Cádiz, donde el gobernador O'Donnell lo dejó en libertad, exigiéndole que se presentase cuando le fuere ordenado. Sabedor el gobierno de Madrid de esta disposición, repudió severamente á O'Donnell y le mandó que se asegurase inmediatamente de Robinson, enviándole al presidio de Ceuta. Pero este último tuvo conocimiento de tal orden, y aunque hubiese dado su palabra de presentarse, creyó que no estaba obligado á cumplirla en vista del cruel trato que se le preparaba, por lo que se evadió de la ciudad y pasó á los Estados Unidos de América, en donde escribió y publicó sus *Memorias de la revolución de México*. Su hermano, el doctor Juan Hamilton Robinson, volvió con Terán á Tehuacán, y de allí regresó á los Estados Unidos después de haber acompañado algún tiempo al general Victoria. (ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, págs. 438 y 439. — BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 377).

<sup>1</sup> Refiriéndose á la retirada de Terán, dice Bustamante lo siguiente: «La fortuna no correspondió al valor y sufrimiento de esta digna división y de su jefe; pero éste debe quejarse al modo con que acometió esta empresa. Ignoraba radicalmente las circunstancias del terreno por donde iba á transitar, así como los que tuvo por conductores y guías, pues á poco de haber salido se perdieron y extraviaron las municiones de boca. El tiempo era el más inoportuno por ser de aguas, y sólo los nortes bastan para poner intransitables estas tierras. Terán tuvo que luchar á brazo partido con la naturaleza ruda, en todo lo que importa la extensión de la palabra, y que atravesar montañas y bosques por donde acaso no se había sentado jamás la huella humana. Si se hubiera reservado para principios de noviembre, el lance se logra á satisfacción, pero obró inconsideradamente; entonces habría tomado por el camino de Villa Alta, atravesando las llanuras de Uluapam, ranchos de San Nicolás, y por último á Coatzacoalco.» (*Cuadro histórico*, tomo III, pág. 375). — Alamán da como suya la opinión de Bustamante. (*Historia de México*, tomo IV, pág. 438).

avanzado hasta Coxcatlán. El 15 de setiembre los independientes cayeron espada en mano sobre los soldados de Núñez Castro, á quienes desbarataron en pocos momentos, y los que quedaron con vida huyeron por el camino de la Sierra para refugiarse al lado del teniente coronel López.

Después del descalabro que sufrió Topete, cuando atacó á la valiente columna de don Manuel Mier y Terán, preparóse con toda diligencia para una nueva expedición en la que esperaba vengarse de su reciente desastre. Reunidas todas sus fuerzas en número de quinientos hombres marchó contra Ojitlán, á orillas del río de Quiotepec, y no obstante el desnudo con que fué defendida aquella posición por el teniente coronel don Francisco Miranda, allí situado por orden de Terán, los realistas la tomaron después de repetidos asaltos, y con ella al valiente Miranda herido de una pierna, siendo tratado por Topete con respeto, y curado y asistido luego esmeradamente, contra la costumbre general entonces de fusilar á todos los oficiales prisioneros. «Entre los vencedores se distinguieron en aquella jornada don Manuel López de Santa Anna, subteniente del Fijo de Veracruz, hermano de don Antonio del mismo apellido, y el capitán don Pedro Landero, reservándolos entonces la suerte para que fuesen, andando el tiempo, víctimas de las revueltas que tan frecuentes han sido en el país después de hecha la independencía <sup>1</sup>.»

El norte americano Galvan, que según hemos dicho al principio de este capítulo salió de Tehuacán para los Estados Unidos, poco antes de que Terán emprendiese su expedición á Coahuila, y que había convenido con éste la compra de armamento, se presentó en la goleta *Patriota* delante de aquel puerto y apresó, después de un combate reñido, á la goleta española *Numantina*. Por espacio de tres meses esperó la llegada de Terán, hasta que instruido de que este jefe había fracasado en su intento de avanzar hasta la costa, se alejó de aquellas aguas y se dirigió á Galveston.

Desesperado tenía á Osorno la situación á que le habían reducido los frecuentes y recios combates que con tan poca ventura sostuvo con los realistas Concha y de las Piedras en el primer semestre de ese año, y de los cuales hemos hecho una breve relación en el capítulo anterior. Tras los desastres vinieron las defecciones y el abandono de aquellos que le siguieron en los días de próspera fortuna, y luego, las señales inequívocas de descontento por parte de los pueblos que poco antes le habían demostrado la más ardiente adhesión. Comprendió Osorno que ya debía apresurarse á dejar la comarca que por algunos años fué teatro de sus audaces campañas, é hizo así en los últimos días de agosto (1816) saliendo de Zacatlán con dirección á San Juan de los Llanos. Acompañábanle sus tenientes más fieles Manilla é Inclán, y seguíanle seiscientos soldados de

caballería, resto de aquella división que fué en época no lejana el terror de los realistas encargados de domeñar á los belicosos *Llanos* de Apam.

Don Manuel de la Concha, comandante militar de esa zona y que acababa de ser premiado con el empleo de coronel efectivo del regimiento de dragones provinciales de San Luis, tuvo noticia del movimiento de Osorno y ordenó al oficial don Anastasio Bustamante que con toda la caballería se pusiera en seguimiento de los independientes hasta lograr su completo exterminio. Bustamante se movió, en efecto, la noche del 25 de agosto, y aunque durante ella caminó veinticinco leguas, no pudo darles alcance y detuvo la persecución en el pueblo de Cuyuaco, donde fusiló á tres prisioneros que dejaron rezagados los guerrilleros de Osorno en su marcha velocísima. Bustamante recibió á poco el grado de teniente coronel, ya que no por haber perseguido en vano á aquellos, por sus distinguidos servicios anteriores á favor de la causa realista y su extrema crueldad con los vencidos. Restablecióse el tráfico entre los *Llanos* y México volviendo esta ciudad á recibir el pulque de que había carecido durante algunos meses, á consecuencia de la orden que dictó el coronel Concha á fin de privar de recursos á los insurgentes de la comarca.

Osorno, después de descansar poco tiempo en San Juan de los Llanos (hoy Villa de Libres) continuó su marcha á Tehuacán, donde llegó algunos días antes que Terán, de vuelta de su frustrada expedición á Coahuila. El refuerzo que le traía el célebre y activo guerrillero era muy importante en aquellas circunstancias para Terán, obligado á moverse con diligencia y osadía so pena de verse acometido en su distrito militar por fuerzas enemigas muy superiores. Por lo pronto, la incorporación de aquellos guerrilleros aumentaba las dificultades que en materia de recursos le afligían, pero teniendo en cuenta el partido que de ellos se proponía alcanzar los recibió en sus filas y se preparó á nuevas y arriesgadas empresas.

Antes de referir los últimos movimientos militares de Terán, debemos atender, por el orden cronológico obligados, á un suceso de grande importancia cual fué la sustitución de Calleja del alto puesto que ejercía. Ya desde los primeros meses de aquel año (1816) había corrido el rumor de que pronto se efectuaría ese cambio, y los enemigos de Calleja, que eran en número crecido, llegaban hasta designar á don José de la Cruz, sanguinario y opresor gobernante de Nueva Galicia, como sucesor probable del primero. Fundábanse quizás, los que así lo propalaban, en las enojosas diferencias que habían surgido de continuo entre el virey y Cruz, con motivo de la resistencia de éste á cumplir disposiciones fiscales por el gobierno de México dictadas <sup>1</sup>; y creíanlo

<sup>1</sup> Calleja había decretado que los productos de las provincias se distribuyesen según las necesidades ocurientes, y en consecuencia dispuso que los sobrantes de Guadalajara se destinasen á soste-

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de Méjico*, tomo IV, pág. 437.

fácilmente los que esperaban de un cambio remedio á los males que pesaban sobre la sociedad entera.

Los rumores de la próxima sustitución de Calleja fueron ampliamente confirmados con la noticia que llegó á la capital en los primeros días de setiembre (1816) de que el teniente general don Juan Ruiz de Apodaca, gobernador de la isla de Cuba y virey nombrado para Nueva España, acababa de entrar en el puerto de Veracruz á bordo de la fragata *Fortuna*, con un convoy de ocho buques en que vinieron el primer batallón del regi-

miento Fijo de México y algunas compañías del de Puebla. Púsose desde luego en marcha el nuevo funcionario con dirección á la capital y su viaje se efectuó sin novedad hasta la hacienda de Vicencio, situada en el camino de Perote á Puebla. Allí fué atacado vigorosamente por una tropa de caballería perteneciente á Osorno y que estaba ese día á las órdenes del brigadier don Antonio Vázquez Aldana. Los soldados que escoltaban á Apodaca, y que fueron los mismos que trajo consigo de la Habana, se aturdieron con este brusco y repentino



Don Juan Ruiz de Apodaca, conde del Venadito

asalto, y es fama que el nuevo virey al salir del coche en que venía y montar á caballo, confuso y aturdido también, no acertaba á comunicar las órdenes que le pedían sus ayudantes. Quizás hubiera terminado aquel

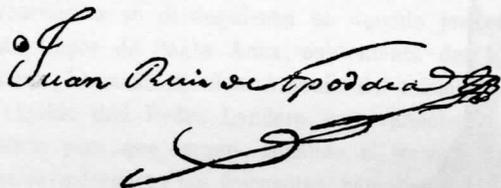
ner las tropas que militaban en Michoacán; los de Querétaro al ejército del Norte; Oaxaca y Puebla debían contribuir al sostenimiento del ejército del Sur. Esta distribución de rentas fué motivo de agrias contestaciones con don José de la Cruz. También contribuyó á separar más y más al brigadier del virey otro decreto de este último prohibiendo el comercio que se hacía por los puertos del Pacífico con Panamá, comercio de que Cruz obtenía grandes ventajas, pues había establecido un arancel para el pago de los derechos de efectos que se introducían á Nueva España por el puerto de San Blas. Estas desavenencias frecuentes con el presidente y jefe militar de Nueva Galicia y las que lo dividieron de Arredondo, hicieron decir á Calleja en Veracruz, próximo á embarcarse, que dejaba tres vireyes en Nueva España: «Apodaca en México, Cruz en Guadaluajara y Arredondo en Monterey.»

combate con la derrota y prisión de Apodaca, si no se presentara en los momentos más críticos y al frente de su división el coronel Márquez Donayo, á quien Calleja envió al encuentro de su sustituto, sabedor de su llegada á Veracruz<sup>1</sup>. La presencia de este poderoso refuerzo ahuyentó á la caballería de Vázquez Aldana y salvó á

<sup>1</sup> Alamán dice que en México no se había recibido noticia alguna directa de la llegada del nuevo virey, porque los insurgentes interceptaron los correos que éste había dirigido á Calleja desde el camino, y que por un correo extraordinario que llegó el 16 de setiembre se supo que Apodaca entraría en la capital el 18 ó 19. Y en el párrafo anterior el escritor que hemos citado había dicho lo siguiente: «El virey Apodaca se puso en marcha para México escoltándolo las tropas que había traído de la Habana, y Calleja mantió á su encuentro al coronel Márquez Donayo con su división. Hizo el primer viaje sin tropiezo hasta la hacienda de Vicencio, etc.» Como se ve, es palmaria la contradicción en que incurre Alamán.

Apodaca, quien prosiguiendo su viaje entró en Puebla el 12 de setiembre.

Calleja se retiró con su familia á Tacubaya el 16 del mismo mes, habiendo antes prevenido á la Audiencia y al ayuntamiento que se aprestasen á recibir á su sucesor en el mando con la pompa y festejos usados en tales casos. Y el 19 recibió á Apodaca en la villa de Guadalupe (hoy ciudad de Guadalupe Hidalgo) y le entregó el bastón, con las formalidades de estilo. Al día siguiente (20 de setiembre de 1816) entró en la capital el nuevo virey acompañado de todas las autoridades y corporaciones, formándole valla las tropas de la guarnición, que se extendían desde la garita hasta la puerta principal de palacio. Prestó el juramento ante la Audiencia en la sala de Acuerdos, recibió luego las felicitaciones acostumbradas, y en seguida presenció el desfile de las tropas formadas en columna de honor. Los festejos que habían dispuesto las autoridades y corporaciones duraron tres días consecutivos.



Facsimile de la firma del virey don Juan Ruiz de Apodaca

Era Apodaca un militar distinguido, natural de Cádiz, donde había sentado plaza de guardia marina cincuenta años atrás, y después de largos y notables servicios en la armada española había ascendido al grado de teniente general. La Junta Central primero, y luego la Regencia, lo invistieron con el alto carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España ante el gobierno de la Gran Bretaña, y desde 1812 ejercía las funciones de capitán general y gobernador de las Floridas y la Habana. Nombrado en 1815 miembro del Consejo de Almirantazgo se disponía á marchar á la península cuando recibió el nombramiento de virey de Nueva España. De índole generosa y suave, formaba contraste con Calleja, que siempre fué duro y sanguinario, y su amabilidad, amena conversación y los finos modales que había adquirido en su misión diplomática lo hacían estimar por todos los que lo conocían.

Un mes más tarde (fines de octubre de 1816) salió de la capital para Veracruz un convoy de caudales y con él marcharon Calleja, el obispo de Oaxaca Bergosa, que regresaba á su antigua diócesis, y el marqués de San Juan de Rayas, que habiéndose detenido en Puebla desde mayo de ese año recibió orden de incorporarse al convoy. Hízolo así; pero al llegar á Veracruz logró que se le permitiese demorar su embarque con motivo de enfermedad, y pasado algún tiempo se suspendió la pena de destierro que sobre él pesaba. En cuanto á Calleja, se

embarcó para la península española en los últimos días de 1816, y allá fué premiado con el título de conde de *Calderón*, en recuerdo de su victoria más notable, y con las grandes cruces de Isabel la Católica y San Hermenegildo. Algunos años más tarde Fernando VII lo nombró jefe de un ejército destinado á reconquistar la Nueva España, pero la expedición fracasó y Calleja falleció en Valencia.

Ingrata memoria dejó este gobernante en México, donde hoy se pronuncia aún con terror su nombre, á pesar de los años que han transcurrido desde entonces. Y nosotros, que tenemos el deber de decir la verdad, afirmamos que hay razón de sobra para que de este modo se exprese el juicio de la posteridad. Primero como general del ejército del centro, y luego en ejercicio de las altas funciones de virey, Calleja adoptó y siguió un invariable y rígido sistema: el de la represión violenta; y no usó de otros medios para combatir la revolución que los del exterminio y del más extremado rigor. Causa en el ánimo dolorosa impresión no hallar en la vida de este hombre, durante los seis años que ejerció los mandos á que antes nos hemos referido, ni un solo rasgo de clemencia con los vencidos, ni un acto solo que indicase atenuación alguna en su inexorable dureza. A su ejemplo, los demás jefes, sus subordinados, dieron rienda suelta á sus sanguinarios instintos y se creyeron libres de toda traba para atropellar los fueros de la humanidad. Hicieron una guerra devastadora y horrorosa, sin provecho para la continuación del dominio español en México; sin honra para sus nombres y sin gloria ninguna para la nación cuyos derechos invocaban. Los defensores de la independencia acudieron á su vez á las represalias, y ya hemos visto que en el curso de la guerra el magnánimo Bravo, digno de eterna fama, no tuvo émulos ni imitadores.

Tampoco dejó Calleja honroso recuerdo de su manejo en materia de dinero, pues fué ávido especulador cuando mandaba el ejército del centro, y en el ejercicio de las funciones de virey no tuvo reparo en asociarse con algunos individuos que explotaban el riquísimo filón de los convoyes. A su vez, y seguros de la impunidad, casi todos los comandantes militares de provincias y jefes de las divisiones se entregaron á este sórdido lucro que arruinaba á las poblaciones y enflaquecía al erario del Estado. Recordarése que el obispo Abad y Queipo, en el informe secreto que dirigió al rey antes de su salida para España, denunciaba en términos enérgicos esta relajación general, señalando al mismo Calleja como autor de tamaño desconcierto<sup>1</sup>. Y en el capítulo anterior

<sup>1</sup> Capítulo XIII, lib. II, pág. 469.—Bustamante, en su obra intitulada *Campañas de Calleja*, suplemento, pág. 3, dice lo siguiente: «Calleja tenía medios de aumentar el caudal de que se hizo en las excursiones de tierra-adentro; podía disponer de los convoyes, y hé aquí una mina riquísima que fácilmente podía explotar: hízose, pues, socio de algunos ávidos especuladores, y les dispuso cuanta protección pudo para que lucrasen y partiesen con él las ganancias. Al mismo tiempo que publicaba por bando órdenes imponiendo

hemos visto cuán grande fué la protección que dispensó ese alto funcionario á Iturbide, acusado de concusiones y excesos sin número.

En cuanto á las exacciones é impuestos extraordinarios que fueron decretados por ese funcionario, sería larga tarea la de resumirlos en este breve juicio de su gobierno. Alamán, en su obra apologética de la dominación española en México, dice que Calleja dejó á su sucesor en el mando *una hacienda organizada y cuyos productos se habían aumentado con los nuevos impuestos*; pero no prueba que estas nuevas gabelas no arruinasen al comercio y á las demás fuentes productoras de la riqueza pública, aunque sí confiesa que para llegar á tal resultado, necesario fué vencer grandes dificultades y cometer grandes violencias, y que Calleja nunca se detuvo en los medios.

Como militar es la figura más prominente en la guerra de independencia, del lado de los dominadores. Lo hemos visto en el comienzo de la revolución improvisar un ejército, pequeño en número y fuerte por la organización y disciplina que supo darle, y vencer con él á las enormes agrupaciones de hombres evocadas por los primeros caudillos de la libertad mexicana. La heroica defensa de Cuautla dió, sin embargo, rudo golpe á su prestigio militar y desde entonces cesaron los independientes de temerle como jefe invulnerable. En el alto puesto de virey, y secundado por los muchos jefes que se habían formado bajo su mando, pudo organizar un brillante ejército que entregó á su sucesor<sup>1</sup>, aunque es verdad que la base de esta institución militar había sido puesta por el virey Venegas desde 1810. Rígido observador de la disciplina, era, sin embargo, querido de sus soldados, y cuando se mezclaba familiarmente con ellos sabía conservar su decoro y el respeto que se le debía como á general. «Calleja, dice el ilustre Bustamante, era bien agestado, elegante, airoso en los movimientos de su cuerpo, y en todos ellos mostraba que era un militar. Era preciso en sus razonamientos, comedido con el bello sexo; pero siempre respiraba arrogancia, aun cuando se esmeraba en parecer cumplido: su aspecto era sombrío y su mirar torvo y amenazante; era bilioso, rencoroso é inexorable; tenía sangre fría en la campaña y mucha previsión: jamás aventuraba un lance sin desconfianza y cautela... Su larga permanencia en el país y el conocimiento de sus usos y costumbres le fueron muy

pena de muerte á los que tratasen con los insurgentes y leyesen sus papeles, sus agentes rescataban de los insurgentes mismos las mulas que les habían tomado, y les proporcionaban pasaportes y seguridades para engrosar su comercio lucroso... Redactaba los acuerdos el célebre poeta Ramón de la Roca, siendo el payaso de Calleja en todas las maromas el secretario Bernardo Villamil. Este le dominaba de tal manera que su corte era más lucida que la de su amo, y á los licitantes más les importaba tener á su favor á Villamil que al virey.» El mismo Alamán cita por sus nombres á varios comandantes realistas, á quien la opinión pública señalaba como los más rapaces y codiciosos. (Véase *Historia de México* de este autor, tomo IV, pág. 445).

<sup>1</sup> Don Mariano Torrente, en la obra titulada: *Historia de la revolución hispano-americana*, tomo II, pág. 288, publica el siguiente

útiles, y por eso pudo formar fácilmente un ejército en San Luis, operación que no hubiera llevado á cabo ningún otro jefe. Sus soldados hacían gustosos lo que les mandaba *el amo don Félix* (así le llamaban). Sus planes fueron tan bien meditados como seguidos con tenacidad, y siempre prefirió pocos soldados con disciplina á un numeroso ejército en desorden. La constancia con que arregló los cuerpos para poder atacar decisivamente á Morelos, y la oportunidad con que los situó en los puntos á propósito para moverse con rapidez, acreditan su inteligencia y cálculo militar.»

Llevado Alamán de su admiración y simpatías hacia los jefes realistas que con más rigor combatieron la revolución de independencia, enumera los méritos militares y las dotes administrativas de Calleja, y dice que si España no hubiera perdido el dominio de estos países por sucesos posteriores, aquel general debía ser reconocido como el reconquistador de Nueva España y el segundo Hernán Cortés. En esta ocasión, así como en el pasaje de su *Historia* en que afirma que Trujillo derro-

te estado de fuerza que tenía el ejército de Nueva España cuando Calleja entregó el mando á su sucesor Apodaca, en 20 de setiembre de 1816:

Departamentos	Nombres de los comandantes	Número de hombres
División de México. . .	El virey. . . . .	2,660
Id. de Apam. . .	Coronel don Manuel de la Concha.	1,510
Sección de Huejutla. .	Teniente coronel don Alejandro Alvarez de Güitián. . . . .	451
Ejército del Sur. . .	Brigadier don Ciriaco del Llano.	6,699
División de Veracruz. .	Mariscal de campo don José Dávila. . . . .	6,482
Tropas destinadas á convoyes. . . . .	Coronel don Francisco Hevia. . .	968
Tropas de la isla del Carmen. . . . .	Coronel don Cosme de Urquiola.	339
División del rumbo de Acapulco. . . . .	Coronel don José Gabriel de Armijo. . . . .	2,651
Sección de Toluca. . .	Teniente coronel don Nicolás Gutiérrez. . . . .	282
División de Ixtlahuaca. .	Coronel don Matías Martín y Aguirre. . . . .	787
Id. de Tula. . .	Coronel don Cristóbal Ordóñez. .	888
Id. de Querétaro. . .	Brigadier don Ignacio García Rebollo. . . . .	991
Ejército del Norte. . .	Coronel don José Castro. . . . .	3,803
Id. de reserva. . .	Mariscal de campo don José de la Cruz. . . . .	3,363
División de San Luis Potosí. . . . .	Brigadier don Manuel María de Torres. . . . .	614
División de las Provincias Internas orientales. . . . .	Brigadier don Joaquín Arredondo.	3,987
División de las Provincias Internas occidentales. . . . .	Mariscal de campo Bonavia. . . .	279
Antigua California. . .	Capitán Argüello. . . . .	109
Nueva California. . . .	Teniente coronel don Pablo Sola.	3,665

40,228

La suma que aparece en el estado publicado por Torrente arroja un total de 39,446 hombres, pero hay error evidente en esa operación. A este número de hombres armados se puede agregar otro igual de *realistas* de los pueblos, y de esta suerte no es exagerado el de 80,000, que, según el informe secreto del obispo Abad y Queipo al rey, había sobre las armas en Nueva España para combatir la revolución. (Véase la cita que hemos hecho de este informe en la pág. 469 del presente tomo).

tado y fugitivo en el monte de las Cruces fué más grande que Leónidas en las Termópilas <sup>1</sup>, el autor á que nos hemos referido se deja arrebatado del entusiasmo llegando hasta la hipérbole, pero da al través con su afectada circunspección. Consecuente Alamán con sus ideas absolutistas, afirma que Calleja dejaba á su sucesor un ejército numeroso, una hacienda organizada y la revolución desacreditada, vencida y abatida; y aunque era cierto lo primero, distaba mucho de hallarse el movimiento insurreccional en las condiciones que señala el oráculo del partido absolutista. La fuerza de las armas, en efecto, auxiliada por la desaparición de los más notables caudillos que hasta entonces habían surgido al frente de la revolución, se sobreponía á los independientes en los campos de batalla; pero la misma continuación de la lucha demostraba que la idea y el sentimiento por la independencia, lejos de debilitarse, se arraigaban más y más en el corazón y en el cerebro de la sociedad mexicana; y el despotismo de Calleja, sus crueles disposiciones y los abusos de sus tenientes, hicieron más daño á la dominación española que lo que pudieran las armas y los corifeos de la revolución. Verdad es que no podía convenir al autor de que nos hemos ocupado tocar estas cuestiones en que la fuerza y el movimiento de las ideas, desconocido por su escuela política, deben considerarse como principales factores en las transformaciones sociales y políticas.

En tanto que la atención pública de la capital estaba fija en el nuevo virey Apodaca en espera de sus primeras disposiciones y del sistema que adoptaría en su gobierno, del que mucho se prometían los sostenedores y amigos de la dominación, las ocurrencias de la guerra por el rumbo oriental exigen que volvamos allá nuestras miradas.

No podía ofrecerse á las armas realistas mejor coyuntura para destruir á Terán, y con él al centro revolucionario de Tehuacán, que la del regreso de ese jefe tras su malograda expedición á Coatzacoalco; que si bien su retirada fué atrevida y honrosísima, infundió, sin embargo, desaliento en sus filas la persuasión de que ya no le era dable moverse en grande espacio de terreno. Apresuráronse á obrar en combinación los jefes realistas que tenían mando de tropas en gran parte de la zona oriental, y resolvieron dirigir sus esfuerzos unidos á la extinción de aquel foco insurreccional que durante varios años se había conservado amenazador y peligroso.

Márquez Donayo con una brillante división de mil hombres se situó, en consecuencia, entre Tlacotepec y Tecamachalco, en la dirección noroeste de Tehuacán, en tanto que las tropas de don Manuel de la Concha y don José Morán se colocaron, respectivamente, después de algunos movimientos estratégicos, en Huamantla y San

Andrés Chalchicomula. La salida del convoy que se envió á Veracruz con caudales y en el que marcharon el ex-virey Calleja y el obispo Bergosa, modificó la situación y número de tropas que amenazaban á Tehuacán, pues Márquez Donayo recibió y cumplió la orden de retrogradar á Puebla con su división, de escoltar desde allí hasta Veracruz el convoy de que hemos hablado y de permanecer luego en la provincia de ese nombre. Sin embargo, antes de situarse entre Tecamachalco y Tlacotepec sostuvo ligeras escaramuzas con Terán en los días 25 y 26 de octubre. Este, al ver que Márquez Donayo marchaba á Puebla, como acabamos de decir, regresó con sus tropas á Cerro Colorado y Tehuacán.

Urgía á Terán separarse de Osorno y los suyos, que en número de quinientos á seiscientos, todos de caballería, agotaban los pocos recursos que podía allegar, y mal se avenían con la estricta disciplina que estaba acostumbrado á imponer. Ocasión propicia le ofreció la desaparición de Márquez Donayo, y haciendo ver á Osorno que esta circunstancia le facilitaba la vuelta á los *Llanos*, dispuso, de acuerdo con éste, una expedición que cayendo primeramente sobre Morán y luego sobre Concha en Huamantla, terminaría con la internación del mismo Osorno en su predilecta y conocida zona de los *Llanos*.

Así convenidos, salieron ambos jefes de Tehuacán el 4 de noviembre (1816) al frente de mil hombres, de los que un poco más de la mitad eran de caballería, y tres días después dejábanse ver en las lomas de Santa María inmediatas á San Andrés Chalchicomula. Avisado á tiempo Morán del movimiento de los independientes avanzó hasta una angostura por donde éstos debían pasar, y colocó en ella y las alturas que la dominaban un grueso piquete de los *Tamarindos* (infantería ligera de San Luis), una compañía de cazadores de Zamora y alguna caballería del regimiento que mandaba el mismo Morán y de Fieles del Potosí. La disposición de las tropas realistas hizo perder á Terán la ventaja que esperaba sacar de su numerosa caballería en un choque á campo raso y en terreno llano. No obstante esta grave dificultad, dió la orden de ataque, y trescientos caballos de Osorno se metieron impetuosamente en la angostura en tanto que la infantería á paso veloz emprendía el asalto de las alturas en que ya estaban apostados los realistas. Acostumbrados éstos meses hacía á ser ellos los acometedores, extrañaron no poco verse acometidos con tanto brío y condiciones tan desventajosas para sus contrarios; pero recobrados pronto de su asombro recibieron á la caballería, metida ya en la hondonada, con un nutridísimo tiroteo que acribillándola espantosamente la obligó á volver grupas en desorden, desbaratando en su fuga la línea de reserva que Terán había establecido un poco más allá de la fatal angostura. La infantería, que avanzara para atacar los sendos flancos, abandonada y sin apoyo, fué destrozada por los *Tamarindos*, y acabaron

<sup>1</sup> Esta hipérbole fué original del obispo electo de Michoacán don Manuel Abad y Queipo; pero Alamán la da como suya en el tomo I, pág. 481 de su *Historia de México*.

de rematar el triunfo los dragones del regimiento de Fieles, que se hicieron dueños de un obús de á cuatro. Cuarenta y seis soldados de Terán quedaron tendidos en el campo; ochenta fusiles y gran cantidad de municiones fueron trofeo de los vencedores, y también setenta y dos prisioneros, de los que fueron fusilados veintiocho al día siguiente, contándose entre ellos don José Mariano *Cadena*, ayudante mayor de Terán, y el valiente capitán del batallón que se había distinguido entre todos en la expedición á Coatzacoalco <sup>1</sup>. Después de este desastre Terán se retiró á la hacienda del Carnero, donde logró reunir muchos de los dispersos de su división. Sin embargo, uno de sus oficiales, el célebre guerrillero Vicente Gómez, que había sido terror del rumbo de Huamantla y San Martín, y á quien sus crueldades con los prisioneros le habían valido un siniestro apodo ó sobrenombre, se acogió al indulto después del desastre sufrido en las lomas de Santa María. Los habitantes de Puebla le vieron entrar en aquella ciudad seguido de sesenta y nueve de los suyos, y grande fué su asombro cuando supieron, algunos días más tarde, que el brigadier Llano (jefe del ejército del Sur hacía algunos meses y residente en Puebla) nombró á Gómez capitán de *realistas* Fieles de Santiago Colcingo <sup>2</sup>. Este bandolero se dedicó entonces á combatir á las partidas de independientes con el mismo tesón y crueldad que antes había desplegado en sus correrías contra las tropas vireinales.

El mismo día 7 de noviembre en que Terán fué rechazado con tan sensibles pérdidas en las lomas de Santa María, la fortuna ayudaba también á las armas realistas en la cañada de los Naranjos, punto situado entre Piaxtla y Acatlán, en el camino de Izúcar á Oaxaca, y que como tal era de obligado tránsito para los convoyes que pasaban de una á otra de estas dos últimas poblaciones. Ya en él había alcanzado Guerrero señalada ventaja en diciembre del año anterior (1815) <sup>3</sup>, y de vuelta este jefe á la Mixteca, é informado de que el comandante Samaniego marchaba de Huajuapam á Izúcar con un convoy, resolvió disputarle el paso en aquella cañada, cuidando de obstruir el camino en su parte más estrecha con zanjas y troncos abatidos. Aparecieron los realistas el día que hemos indicado al principio de este párrafo, y fueron recibidos con vivísimo fuego por las tropas de Guerrero, situadas en las alturas que se alzan á uno y otro lado del sendero. Afrontaron con serenidad

el ataque, forzaron el paso no sin causar bastante daño á los independientes, y el convoy llegó sin más novedad á la población de Izúcar.

Pero no tardó Guerrero en vengar este desastre, y con creces, en el cerro de Piaxtla, cercano á la ya célebre cañada de los Naranjos. Lleno de confianza Samaniego salió otra vez de Izúcar con un convoy de tabacos y azúcares destinados á Oaxaca, y acompañábase el comandante Lamadrid, á quien hemos visto ya moverse activamente en esta misma zona. Al llegar á Tehuicingo adelantóse este último para reconocer el camino, y aunque halló á Guerrero situado con quinientos hombres en las alturas de Piaxtla (16 de noviembre) resolvió atacarle con la pequeña fuerza que llevaba. Heridos quedaron el mismo Lamadrid y muchos de los suyos, y Samaniego, sin aventurar nuevo combate, regresó con el convoy á Izúcar, desde cuyo punto avisó á Llano del motivo que le impedía continuar la marcha que se le había ordenado. El general en jefe del ejército del Sur dispuso entonces que Samaniego, evitando el paso de los Naranjos, marchase á Huajuapam, y después de recoger los doscientos hombres que allí había de guarnición, regresase á Izúcar por el camino de Acatlán, á fin de que ya escoltado competentemente el convoy, pudiera dirigirse éste á su final destino.

En cumplimiento de esta orden de su inmediato superior, salió Samaniego de Izúcar, y el 24 de noviembre llegó al pueblo de Santa Inés Ahuatempam. Allí supo con sorpresa que Terán, marchando con presteza desde sus posiciones de Tehuacán, se hallaba en las cercanías dispuesto á estorbarle el paso. Y así era en efecto: Terán, derrotado como hemos dicho antes en las lomas de Santa María y obligado á retirarse á la hacienda del Carnero, distante dos leguas al norte de Tehuacán, ansiaba vengar su reciente desastre y reparar así su comprometido prestigio. Sabiendo que Samaniego se dirigía á Acatlán decidió atacarle, y poniéndose en marcha hacia el poniente, llegó el 24 de noviembre á los alrededores de Santa Inés. El jefe realista deseaba esquivar el encuentro, y al efecto siguió al día siguiente su camino á campo travieso; pero al llegar al *rancho* de la Noria se encontró con Terán, cuyas tropas se hallaban formadas en las faldas de los cerros inmediatos. Empeñado el combate, Terán dispuso que algunas de sus fuerzas cargasen á los realistas por la espalda y la izquierda. El capitán Matamoros, á quien confió la dirección de esta decisiva maniobra, atacó antes de tiempo y los fuegos de su sección más daño hicieron en el grueso de las tropas de Terán que en las filas realistas. Desordenáronse con esto las primeras, y se retiraron del campo de batalla dejando en poder de Samaniego un cañón y algunas municiones, así como cuarenta muertos entre los que fué hallado el valiente capitán Velázquez, que hizo lo que pudo para reparar la torpeza de su compañero Matamoros. Los realistas, maravillados de una

<sup>1</sup> En el parte dirigido por Morán á don Ciriaco del Llano (nombrado desde hacía algunos meses comandante del ejército del Sur con residencia en Puebla) se lee lo siguiente: «Quedaron en mi poder setenta y dos prisioneros, de los cuales se pasaron por las armas veintiocho al día siguiente de la acción, remitiéndole á V. S. cuarenta y cuatro, á quienes perdoné la vida á nombre del Señor Virey en celebridad de la pacificación de Costa Firme.» Morán se refería á la noticia de los triunfos alcanzados por Morillo en la América del Sur, recibida en aquellos días. Véase este parte de Morán en la *Gaceta* correspondiente al 27 de noviembre de 1816.

<sup>2</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, pág. 389. — Alamán, en esta parte, sigue la relación de Bustamante.

<sup>3</sup> Capítulo XV, lib. II, pág. 493.

ventaja que no esperaban, prosiguieron su marcha hacia el Sur, y Terán, más despechado que nunca, se retiró á Tehuacán, pasando por Ixcaquixtla y el Carnero.

Hallóse al llegar á su cuartel general con el presbítero don José Manuel de Herrera, quien acababa de desembarcar en Boquilla de Piedras de regreso de su misión extraordinaria á los Estados Unidos de América, en la que nada hizo á favor de la causa de la independencia <sup>1</sup>. Sin haber pasado del puerto de Nueva Orleans, sus gestiones se redujeron á ponerse en contacto con algunos filibusteros, de quienes procuró adquirir armas y municiones que nunca fueron enviadas á México. El historiador Bustamante, que residía á la sazón en Tehuacán, dice que Herrera llegó á esa ciudad acompañado de un joven coronel francés llamado Pierre, de un portugués, militar también, que tenía por nombre Camera, y de algunos otros aventureros de diversas nacionalidades que venían en busca de fortuna. Según el mismo escritor, la presencia de Herrera y los aventureros que le seguían obedecía á un plan concebido por el primero, y consistente en instalar un gobierno en compañía de Pierre, cuyo gobierno entraría en relaciones con los Estados Unidos, quienes en cambio de Nautla y Tecolutla, que les serían entregados, enviarían corsarios á combatir la dominación española y auxiliar á los independentes <sup>2</sup>. Bustamante afirma que este plan fué comunicado al virey Apodaca por el cura de Totoltepec don Manuel Peláez, á quien confió sus proyectos y miras el presbítero Herrera. Como quiera que fuese, Terán recibió á éste con aparente agrado, pero desconfiando de que tramase algo en perjuicio de su autoridad, no sólo le negó las sumas que le pedía para enviarlas á la nación vecina por el puerto de Boquilla de Piedras, á fin de pagar el armamento que decía tener comprado en Nueva Orleans, sino que vigiló todos sus pasos, impidiéndole así cualquiera maniobra revolucionaria. Herrera permaneció, no obstante, algún tiempo en Tehuacán, y cuando presintió la caída de esta ciudad en poder de los realistas la abandonó retirándose á Puebla, donde después de acogerse al indulto y por influencias del obispo Pérez, obtuvo en el colegio Carolino una cátedra de filosofía <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Véase capítulo anterior y cap. XV, lib. II, pág. 485.

<sup>2</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, págs. 391 á 393.

<sup>3</sup> BUSTAMANTE. — *Cuadro histórico*, tomo III, págs. 391 á 393. — Zavala, hablando de Herrera, dice lo siguiente: «Iturbide le llamó á su lado después del grito de Iguala, y desde entonces tuvo una influencia muy notable sobre este jefe desgraciado. Herrera es un hombre de quien no se puede hacer una descripción positiva: es necesario, para darle á conocer, sin que se ofenda la verdad, definirle *negativamente*, por decirlo así: no tiene conocimientos en ningún género, no tiene actividad para ninguna empresa, ni capacidad para decisiones atrevidas, ni mucho menos para resoluciones que pueden tener grandes resultados. Si tuviese una fibra fuerte, yo diría que su sistema era el *fatalismo*; pero si prácticamente sigue esta doctrina, es más por abandono y pereza que por haber fundado su conducta sobre algún principio. De consiguiente, no se sabe si tiene buenas ó malas intenciones; si el mal que ha hecho á su patria y á las personas que han tenido la desgracia de dejarse dirigir por él, ha sido efecto de miras tortuosas, ó más bien de una absoluta caren-

Mientras que en la provincia de Puebla ocurrían los sucesos militares que acabamos de referir, en la de Veracruz se desarrollaban otros de la misma índole, no menos notables y que cedieron en detrimento de la causa de la independencia. El coronel don Melchor Múzquiz, á quien hemos visto combatir con valor al lado de don Ramón Rayón en noviembre de 1814 <sup>1</sup>, había abandonado la provincia de Michoacán, y refugiándose en la de Veracruz fortificó, en compañía de un coronel francés llamado Maury, el cerro de la hacienda de Monte Blanco, situada cerca de Córdoba por el rumbo del noroeste, y también poco distante de Orizaba. Desde esa posición, artillada con tres cañones pequeños y guarnecida con trescientos hombres, Múzquiz hostilizaba á las dos villas y al camino que pasando por ambas sucesivamente conduce á Veracruz. Preciso era que los realistas se fijaran en este incómodo enemigo, y así lo hizo el coronel Márquez Donayo después de escoltar hasta Veracruz el convoy en que bajó á este puerto el ex-virey don Félix Calleja. En Orizaba Márquez incorporó á su brillante tropa el batallón de *Navarra*, algunos piquetes de infantería de otros cuerpos, y doscientos veinte caballos del regimiento del *Príncipe*; y llevando seis piezas de artillería y gran número de indios destinados á los trabajos de zapa, se puso en marcha para Monte Blanco el 1.º de noviembre (1816).

Era la división de Márquez Donayo fuerte de mil trescientos hombres, sin contar los indios auxiliares, y aunque los independentes mandados por Múzquiz eran muy inferiores en número, intentaron, sin embargo, embazararle el paso en el pueblo de Chocamán; cargó sobre ellos el batallón de *Navarra* con su coronel don José Ruiz á la cabeza, y tras un breve aunque reñido combate los desalojó de sus posiciones, obligándoles á refugiarse en las fortificaciones de Monte Blanco. Toda la división de Márquez se presentó á la vista de esa formidable eminencia el 2 de noviembre, y acto continuo comenzaron los trabajos de zapa, los que continuaron con tal vigor, á pesar de las lluvias, que cinco días más tarde la artillería realista, situada á tiro de pistola de las trincheras, había abierto en ellas anchísima brecha. Apercibidas se hallaban ya las columnas de Márquez Donayo para correr al asalto, cuando Múzquiz, convencido quizás de que no le era posible resistir con éxito, se rindió con todos los suyos con garantía de las vidas. La caída de Monte Blanco (cuyas fortificaciones fueron arrasadas por los realistas) se efectuó el 7 de noviembre de 1816, fecha nefasta para las armas de la revolución, pues ese mismo día, como hemos dicho ya, era derrotado Terán en las lomas de Santa María, y Guerrero sufría considerable descalabro en la cañada

cia de acción y de toda energía, que en tiempo de convulsiones es el mayor mal que puede acontecer á un gobierno. Este era el ministro de Relaciones interiores y exteriores de la Regencia.» (*Ensayo histórico*, tomo I, págs. 102 y 103).

<sup>1</sup> Capítulo XII, lib. II, pág. 453.

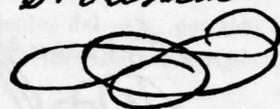
de los Naranjos. «Márquez Donayo, dice Alamán, hizo su entrada triunfal en Orizaba llevando por trofeo de su victoria á Múzquiz, Maury y toda la gente que estaba en el fuerte. Múzquiz fué conducido á Puebla y puesto en la cárcel pública, habiendo perdido el oído por efecto de las escaseces y miserias que en ella sufrió: era de una familia distinguida de Coahuila, en donde su padre sirvió en las tropas presidiales, y después de la independencia ocupó los puestos más distinguidos en el ejército y gobierno. Los prisioneros de la clase de soldados fueron destinados á obras públicas <sup>1</sup>.»

Al mismo tiempo que sucumbían los defensores de Monte Blanco, el comandante realista de Tuxpam, don Carlos María Llorente, hacía una batida exterminadora en la parte septentrional de la provincia, dejando incendiadas á su paso las chozas de los habitantes, y obligando á éstos á refugiarse en los bosques para salvar sus vidas; los que buscaban abrigo en la sierra de la Huasteca cayeron en manos del comandante de *realistas* de Huauchinango, don José María Luvían, quien emulando á Llorente perseguía con igual diligencia y con no menor ferocidad á las partidas que recorrían la zona de su mando (noviembre y diciembre de 1816). Un oficial realista, destinado á figurar años después en altísimos puestos, don Antonio López de Santa Anna, recorría también en esta época la costa del Golfo cercana á Veracruz. «El gobernador de la provincia don José Dávila, dice un historiador, le había dado el destacamento de Boca del Río á su regreso de las Provincias Internas de Oriente, en las que hizo su carrera desde cadete hasta teniente bajo las órdenes de Arredondo, y conociendo su actividad y aptitud para la campaña, el mismo Dávila puso á las suyas una sección, que se llamó de *la Orilla*, compuesta de parte de la tropa de aquel destacamento, aumentada con alguna más de la guarnición de la plaza y del castillo de San Juan de Ulúa, con el objeto de que recorriese las serranías inmediatas, para desbaratar las reuniones de insurgentes que aun quedaban en ellas, y redujese á poblado las familias que estaban en los montes, extinguiendo las aduanas que había establecido Victoria en el camino de las villas.» Santa Anna sostuvo contra las guerrillas de la costa varios y reñidos encuentros que le valieron el grado de capitán en los últimos días de 1816.

Pero el hecho de armas más ventajoso para el gobierno vireinal en la provincia veracruzana fué en aquella época la toma de Boquilla de Piedras, portezuelo de que hemos hablado con frecuencia y por el cual se comunicaban los independientes con los puertos americanos del Golfo. Apodaca reiteró con instancia las recomendaciones que su antecesor tenía hechas al gobernador don José Dávila para que procurase la reducción de aquel punto peligroso, y este funcionario hizo salir de Veracruz (15 de noviembre de 1816) una

sección de trescientos hombres á las órdenes del teniente coronel de milicias don José Rincón, quien recibió instrucciones para hacer un reconocimiento de las posiciones enemigas, y si fuese posible, apoderarse de ellas. Indicósele que marchase por la orilla del mar y se le dió una lancha armada con un cañón de á cuatro, la cual debía auxiliar por agua las operaciones de la columna expedicionaria. En la Antigua reforzó Rincón sus tropas con algunas compañías de *realistas*, y mandó construir algunas balsas que le sirviesen para el paso de los ríos. No topó con ninguna partida de independientes durante su penosa marcha á lo largo de la playa, y el 23 de noviembre llegó á legua y media de Boquilla de Piedras, ordenando desde luego que fuese desembarcado el cañón que había conducido la lancha que le acompañaba.

Las fortificaciones construídas en Boquilla de Piedras no presentaban serias dificultades para un asalto emprendido por tropas regulares, y de ello se convenció

*J. Rincón*  


Facsimile de la firma del teniente coronel realista don José Rincón

Rincón después de hacer un minucioso reconocimiento. Dispuso en consecuencia el ataque, y dividió sus tropas en tres columnas, confiando la de la derecha al subteniente Morilla, la de la izquierda al teniente Toro, y reservándose él mismo el mando de la del centro, donde colocó la pieza de artillería. Los independientes opusieron al principio una vigorosa resistencia, pero desmayaron en breve, y al emprender la fuga, la caballería realista los acuchilló con tanta saña que bien pudo decir Rincón en su parte que no hubo prisioneros. Entre los muertos se halló el coronel don José María Villapinto, que ejercía las funciones de comandante del punto asaltado. Considerable fué el botín que cayó en poder de los vencedores, pues además de diez y ocho cañones de distintos calibres y de algunos cientos de fusiles, hallaron en los improvisados almacenes vestuario, dinero, provisiones y géneros que Rincón repartió entre los suyos. Pero lo mejor de aquella fácil y rápida victoria fué la destrucción de un punto, que en manos de los independientes había inspirado siempre serios temores al gobierno vireinal; por eso manifestó á Rincón su complacencia premiándole con el empleo de teniente coronel del ejército, y el comercio de Veracruz, que había sufrido grave daño en sus intereses con las introducciones de efectos que antes hacían los de Boquilla de Piedras, manifestó su gratitud regalándole una espada de oro con inscripciones alusivas.

Para completar el cuadro de las operaciones militares en los postreros meses de 1816, debemos ahora

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, pág. 494.

volver nuestra atención á las provincias de Occidente, donde también coronó la victoria las armas del rey. Pocos días antes de la separación de Calleja, y por su orden, el teniente coronel Castañón, jefe de una de las divisiones del ejército del Norte, marchó desde Valladolid con dirección al lado de Pátzcuaro, donde los independientes habían fortificado el islote de Janicho, construyendo en la altura que lo domina una línea de circunvalación que media más de dos mil varas castellanas, con cinco reductos en los ángulos de la misma eminencia. Castañón llegó á mediados de setiembre á las orillas del lago próximas á Janicho, y desde luego se ocupó en reunir gran número de canoas para trasladar en ellas á su tropa cuando llegase el momento oportuno. El día 13 del mes que acabamos de citar, Castañón destacó un cuerpo de trescientos hombres á las órdenes

Facsimile de la firma del coronel realista don Matías Martín y Aguirre

del capitán don Agustín Aguirre, con instrucciones á este jefe de ocupar algunos puntos de la orilla del lago, por los que era probable que intentasen salvarse los del islote. Hecho esto, mandó situar una batería en una punta de tierra que entraba en el lago, rompiendo aquélla sus fuegos desde que vino la noche. Al compás de los estampidos de la artillería, que repetían lúgubrementemente los ecos de las montañas vecinas, el mismo comandante de la expedición se embarcó con el resto de sus tropas en las canoas que al efecto tenía apercibidas y enderezó su rumbo hacia el islote. Grande fué su sorpresa al hallar abandonadas las fortificaciones, desmantelados los reductos y desierta la isla, pues sus defensores habían huído anticipadamente por el lado opuesto en las canoas que á prevención tenían, refugiándose primeramente en el vecino islote de Xarácuaro y pasando luego al borde occidental de aquel hermoso lago, no sin haber arrojado antes al agua sus cañones y pertrechos. «El teniente coronel Castañón, dice Alamán, dejó en Janicho un destacamento y gran número de operarios que se ocupasen en destruir las fortificaciones y sacar la artillería echada á la laguna por los insurgentes, y continuó con extraordinaria actividad sus expediciones en los confines de las dos provincias (Michoacán y Guanajuato), de que, á imitación de Iturbide, que parece haber sido su modelo, llevaba un diario exacto, en que

con mucha frecuencia aparece la anotación *del gran número de hombres que hizo fusilar, castigando con carreras de baquetas á los que no condenaba á muerte.*»

El general don Ignacio Rayón, firme en su propósito de que le obedeciesen los comandantes de toda la provincia, no sólo se negó á reconocer la autoridad de Jaujilla, sino que más tarde resolvió trasladarse al rumbo de Tancítaro para avistarse con el comandante don José María Vargas, quien, aparte de la principal intervención que tuvo en la instalación de aquella junta <sup>1</sup>, era el jefe de más renombre entre todos los que sostenían la independencia en el occidente de Michoacán. Era el intento de Rayón asegurarse de la adhesión de este jefe en la empresa que meditaba, la cual no era otra que formar un nuevo centro gubernativo, y aunque su hermano don Ramón desaprobó esas pretensiones, salió de Cópore en setiembre (1816), y fué bien recibido por Vargas, quien lo invitó á visitar el fuerte que había hecho construir en el Carrizalillo, entre los Reyes y Tancítaro. Pero Vargas tenía ya concertado su indulto y quizás fué su propósito entregar traidoramente á Rayón, pues como éste pidiese sus caballos para retirarse, al día siguiente de su llegada al fuerte, se le contestó que no se hallaban en el sitio á que habían sido llevados la noche anterior. Sospechoso Rayón de la lealtad de su huésped, le dijo con energía que si su intento era entregarle á los realistas, estaba decidido á defenderse hasta lo último, y que los primeros disparos de su escolta se dirigirían contra el mismo Vargas. Esta amenaza intimidó á este jefe é hizo venir inmediatamente los caballos. Rayón se alejó con rapidez, y Vargas, algunos días más tarde, no sólo se acogió al indulto, sino que tomó partido con los realistas y entregó el fuerte del Carrizalillo al teniente coronel don Luis Quintanar (fines de noviembre de 1816).

Rayón fué perseguido tenazmente y obligado á huir en dirección al Sur hasta las orillas del río de las Balsas, donde le dejaron los que le seguían, sin esperanzas quizás de darle alcance en aquel país áspero y montuoso. Entonces el activo general independiente concibió el atrevido proyecto de cruzar otra vez la provincia, pero en dirección contraria á la que había tomado en su huída, es decir, de Sur á Norte, y llegar hasta la laguna de Zacapo para concertarse allí con los miembros de la junta de Jaujilla, que aunque desconocidos por él en su calidad de gobernantes, eran ya obedecidos como tales por varias partidas revolucionarias de Michoacán y Guanajuato. En consecuencia, seguido de cincuenta hombres, avanzó hasta cerca de Pátzcuaro con el doble propósito de engrosar su pequeña fuerza con las guerrillas de Sánchez y Huerta y de apoderarse de esa población, si los medios de resistencia que tuvieran los realistas que la guarnecían no eran dema-

<sup>1</sup> Véase capítulo anterior, párrafo III.

siado fuertes. Precisamente en los momentos que Anaya (don Juan Pablo), Gutiérrez y Melgarejo hacían su entrada en Pátzcuaro para adquirir las noticias que deseaba Rayón, llegaba por dirección opuesta el mismo comandante general de la provincia don Antonio Linares con seiscientos hombres de infantería y caballería, quien al saber la proximidad del general independiente destacó trescientos dragones en su seguimiento. Hubo de sostener Rayón algunas escaramuzas con los que de cerca le perseguían, retrocedió hasta Ario, y aumentándose su osadía con los peligros que le amenazaban volvió á pasar á la vista de Pátzcuaro, y en los últimos días de diciembre (1816) llegó al fuerte de Jaujilla.

En tanto que Rayón era vivamente perseguido sin dejarle punto de reposo, su hermano don Rafael era destrozado en las inmediaciones de Tancitaro por Negrete (7 de diciembre), y en compensación, un destacamento de las tropas de Linares fué desbaratado por las guerrillas de Sánchez y de Huerta, escapando á duras penas el capitán que lo mandaba, don Luis Cortazar. También en el curso del mismo mes de diciembre se entregó la posición fortificada de San Miguel Cuiristarán, en la que entró el teniente coronel Quintanar, subalterno inmediato de Negrete. Trece cañones con mil doscientos tiros, municiones abundantes y algunos víveres fueron los principales trofeos que hallaron los realistas en ese fuerte, entregado por su comandante don Fermín Urtiz, que había entablado inteligencias con Vargas, de quien ya hemos dicho que traicionando la causa de la independencia se unió hacia fines de noviembre con los soldados del rey.

Marcóse el término del año en Nueva Galicia con los indultos de varios jefes de guerrillas, tales como Guzmán (don Gordiano), Manríquez, Montoya y *el Guaparrón*. Pero el suceso militar de más entidad en esa zona, y también de mayor importancia para el gobierno vireinal en los postreros días de 1816 fué la ocupación por Cruz de la isla de Mexcala (25 de noviembre), después de cuatro años de resistencia. Las principales fases de esa prolongada defensa y los hechos culminantes á que ella dió motivo, materia serán del capítulo siguiente.

Dejemos ahora los sucesos de la guerra, casi todos adversos á la causa de la independencia, para dar cuenta de los primeros actos del nuevo virey Apodaca, quien tenía la fortuna de suceder en el mando á un gobernante odiado por amigos y enemigos de la dominación española.

A los males públicos que seis años de encendida guerra habían producido en Nueva España, y cuyo remedio se esperaba en gran parte del tacto y prudencia del nuevo virey, añádiase como aguijón para conocer desde luego sus primeros actos la curiosidad muy natural en casos semejantes, y más si se tiene en cuenta que las facultades concedidas á los vireyes en aquella época de absolutismo eran extensísimas y podían hacerse sentir

en casi todas las esferas de la vida social. No es maravilla que la atención de los habitantes de la capital no se apartara de Apodaca, quien dedicó los primeros días de su gobierno á la expedición de algunas órdenes para el mejor arreglo interior de la secretaría del vireinato, y á la visita de los cuarteles, el parque de artillería y los almacenes generales. «En este estado de curiosidad y expectativa, dice Alamán con la encubierta malignidad que le distingue, el 5 de noviembre (1816) se publicó un bando con motivo de una desgracia ocurrida con un niño, prohibiendo volar *papelotes* (cometas) en las azoteas, diversión frecuente en México en esta estación del año, bajo la pena de veinticinco pesos de multa al padre ó amo que lo permitiese, y mandando que todas las azoteas se cercasen de pretilles, aunque fuesen de madera. El haber sido ésta la primera providencia del virey echó cierto ridículo sobre su gobierno, que se conservó mientras duró. Reconociábase recta intención y buenos deseos, pero al mismo tiempo se echaba de ver que sus talentos no eran muy aventajados, y no teniendo á su lado un secretario de capacidad ú otra persona que tuviese conocimientos del país, por esta falta se precipitaba á adoptar providencias desacertadas, que eran mal recibidas <sup>1</sup>.»

Más trascendental y grave fué la vacilación de que dió prueba con motivo del nombramiento que hizo en el coronel don Cristóbal Ordóñez para el mando de la provincia de Guanajuato, vacante desde la separación de Iturbide. Apenas llegó á oídos de los habitantes de aquella tal nombramiento, se alarmaron sobremanera, y el autor que antes hemos citado afirma que las mismas personas que solicitaron la remoción de Iturbide <sup>2</sup> ante el virey Calleja pidieron á Apodaca que suspendiera la marcha de Ordóñez, fundando su petición en que éste era peor que Iturbide. Accedió por lo pronto á lo que se solicitaba y ordenó al recién nombrado que se detuviese en Tula; pero cambiando luego de opinión le previno que continuase su viaje y tomase posesión del mando que le había confiado. Igual debilidad de carácter mostró Apodaca con el brigadier don Melchor Alvarez, comandante de la provincia de Oaxaca, á quien obligó á presentarse en México para responder á las muchas quejas y acusaciones que en su contra se habían elevado al gobierno vireinal, y cuando se esperaba que fuera cuando menos destituido de su importante empleo, se le vió marchar á ejercerlo de nuevo, después de una corta permanencia en la capital.

En cambio, reveló desde luego su carácter benigno visitando las cárceles el 24 de diciembre (1816), como era costumbre, pero haciéndolo con más detenimiento que sus antecesores é informándose minuciosamente del

<sup>1</sup> ALAMÁN. — *Historia de México*, tomo IV, págs. 481 y 482.

<sup>2</sup> Recordará el lector que la casa de Alamán fué una de las que pidieron desde Guanajuato la remoción de Iturbide del mando de aquella provincia.

estado de las causas. «Más importante fué su orden circulada á todos los comandantes de división, dice Alamán, prohibiéndoles mandar fusilar arbitrariamente á los prisioneros insurgentes, debiéndose observar las formalidades prevenidas por las leyes para la formación de procesos, y aunque por entonces esta orden no tuvo inmediato cumplimiento, se disminuyeron desde luego los males, fué el medio de salvación de muchos individuos, y particularmente en las inmediaciones de la capital evitó mucho derramamiento de sangre.»

Las medidas más suaves de Apodaca y la serie de triunfos que alcanzaron las armas del rey en los últimos meses de 1816, aumentaron el número de indultos que se pidieron al gobierno y que el nuevo virey concedía con facilidad, satisfecho de obtener la pacificación del país por medios humanos y que tan grande contraste hacían con los cruelmente represivos adoptados por su inmediato antecesor. Las *Gacetas* de la época publicaban diariamente los nombres de los que se acogían al indulto, y alternaban con los partes oficiales en que se



Doña María Isabel de Portugal, segunda esposa de Fernando VII

comunicaba al gobierno las ventajas adquiridas sobre los que luchaban aún con toda la heroicidad del aislamiento y del desamparo. Creyó justo y conveniente Apodaca premiar con largueza á los militares que se habían distinguido en las últimas campañas, y además de los empleos y grados que dió á los comandantes, y á veces al individuo más antiguo por clase en cada división, concedió á éstas escudos distintivos. Dice Alamán que el gobierno vireinal entonces, en competencia con lo que al mismo tiempo se hacía por el ministerio de la Guerra de Madrid, agotó su ingenio en discurrir lemas é inscripciones sonoras, y aquellos oficiales y soldados que habían estado en diversas acciones de guerra apenas

tenían espacio suficiente en el pecho y los brazos para colocar tantas cruces y escudos honoríficos. «Aun la viuda y otras señoras y criadas de la familia del comandante de Juchipila, don José Joaquín Jiménez de Mensana, añade, que en el ataque dado por una partida de insurgentes á aquel pueblo en la provincia de Zacatecas el 19 de octubre (1816), contribuyeron con denuedo á defender la puerta del mismo comandante, obtuvieron por premio llevar al cuello una cinta de seda blanca con cantos color de oro, que debía terminar con un lazo ó rosa.»

Cierto es, como dice el escritor arriba citado, que en la metrópoli menudeaban también en aquellos días los

premios y distinciones, pues durante los primeros tiempos del ministerio de Cevallos hubo alguna tregua en la ingrata tarea de perseguir hombres y opiniones, y que parecía incansable labor de Fernando, á juzgar por sus actos en el primer semestre de 1816. Uno á otro se sucedían los reales decretos otorgando títulos de Castilla, condecoraciones, ascensos, grados, pensiones y otras distinciones y gracias á los que se habían señalado en acciones de guerra y en las defensas de las poblaciones y plazas fuertes, y el rey tomaba á su cargo la reedificación de la ciudad de San Sebastián, incendiada y destruída por los ingleses.

Un acontecimiento ocurrido en setiembre (1816) distrajo por un momento al pueblo español de la triste condición á que lo había reducido el régimen de absolutismo y tiranía establecido por el rey Fernando desde su vuelta á la patria, y le hizo concebir halagadoras esperanzas. En la primavera de aquel año se había concertado el segundo matrimonio de ese monarca con la princesa doña María Isabel de Portugal, y al mismo tiempo el del infante don Carlos María Isidro con doña María Francisca, hermana de aquélla. En Cádiz se celebraron los desposorios por poderes que para ello llevó el duque del Infantado, presidente del Consejo Real, y el 28 de setiembre llegaban las dos nobles damas á la capital de España.

«La entrada de la reina en Madrid, dice el distinguido historiador Lafuente, acompañada del rey, de los infantes y de una espléndida comitiva, por en medio de arcos de triunfo, recargados de emblemas y de inscripciones laudatorias en verso, con prodigalidad estampadas, y que eran obra del poeta Arriaza, fué de lo más esplendente y lucido que se había visto en España en esta clase de fiestas, y el pueblo de Madrid excedió en demostraciones amorosas á todos los del tránsito. En aquel mismo día se celebraron las dobles bodas, siendo padrino en ambas el infante don Antonio.

»A pesar de la penuria pública, de los ahogos del tesoro y de la ruina completa del crédito, prodigáronse con motivo de las reales nupcias mercedes y gracias sin cuento, tanto á las clases eclesiástica y civil como á las del ejército y armada, títulos de Castilla, ascensos, empleos, honores, grandes y pequeñas cruces, bandas y grandezas de España. Dos *Gacetas* extraordinarias se publicaron en un solo día (13 de octubre de 1816) cuyas columnas llenaban exclusivamente los nombres de los agraciados por la real munificencia. Baste decir que se dieron nueve collares del Toisón de Oro, trece grandes cruces de Carlos III, se nombraron cuatro capitanes generales de ejército, diez y siete tenientes generales, cuarenta y dos mariscales de campo, setenta brigadieres; en igual proporción se otorgaron ascensos á las demás clases del ejército de mar y tierra; bandas de María

Luisa, encomiendas, cruces pensionadas y supernumerarias, llaves de gentiles hombres, etc., etc. <sup>1</sup>»

El nombramiento que para ministro de Hacienda hizo entonces Fernando VII en don Martín de Garay, cuyas opiniones á favor de la monarquía constitucional eran de todos conocidas, y las esperanzas que se fundaron en el ascendiente que se suponía habían de ejercer en el ánimo del receloso y sombrío monarca las bellas prendas físicas y morales de su joven esposa, alentaron á los hombres ilustrados y llegaron á creer que la marcha del gobierno cambiaría el rumbo fatal que había llevado hasta allí. ¡Ilusiones y esperanzas generosas que no tardaron en ser desvanecidas como el humo!

Llegó á la capital de Nueva España la noticia del matrimonio del rey en los primeros días de diciembre y el gobierno vireinal se dispuso á celebrarla con inusitada pompa, pues que los casamientos de los soberanos y nacimientos de los infantes de la casa real fueron por varios siglos los acontecimientos que como nacionales y faustos festejaba la colonia. Para dar mayor lustre á la solemnidad quiso Apodaca unir la publicación oficial de todos los partes que anunciaban las repetidas victorias que en los últimos meses obtuvieron las armas del rey, y el 14 de diciembre (1816) un número extraordinario de la *Gaceta* recopilaba los oficios de los comandantes de las divisiones que operaban en distintos rumbos del país. Al día siguiente, hubo una solemne función de gracias en la catedral, donde se cantó el acostumbrado *Te-Deum*, con asistencia de todas las autoridades y corporaciones, al estruendo de los repiques y de las salvas de artillería.

Para el observador superficial, la guerra iniciada por el esforzado cura de Dolores estaba á punto de extinguirse por completo. Las grandes reuniones de insurgentes habían sido destruídas, y sólo quedaban en la provincia de Valladolid las fortalezas de Cópore y Jaujilla y algunas pequeñas partidas que recorrían su escabroso suelo y eran perseguidas sin tregua; en la de Veracruz se alzaba Victoria como único caudillo, quien se resarcía de la pérdida de Boquilla de Piedras apoderándose de la barra inmediata de Nautla; manteníase á duras penas Terán en la comarca que confina con las tres provincias de Veracruz, Puebla y Oaxaca; y en la Mixteca y costa del Sur, Guerrero y Bravo, unas veces casi solos, otras seguidos de muy pocos, no soltaban las armas de la mano, y á pesar de su indomable constancia no llamaban aún seriamente la atención del gobierno vireinal. Pero los partidarios del absolutismo que entonces imperaba no hubieran pensado que en proporción de las derrotas que en los campos de batalla sufría la causa de la independencia, ganaba ésta victorias lentas y seguras en el sólido terreno de la opinión.

<sup>1</sup> *Historia general de España*, tomo V, pág. 331, edición de Barcelona, 1880.